

en su haber una curiosa novela de "historia-ficción" titulada "Memorias de un fascista español". Es tan escrupulosa la reconstrucción de la mentalidad de un hombre de la extrema derecha española, que se dice que uno de sus más conspicuos representantes convirtió el libro en una de sus lecturas favoritas. Indudablemente, para recordar más plásticamente los buenos tiempos pasados. Ahora, Fernando González ha escrito un interesante estudio, "Liturgias para un Caudillo. Manual de dictadores" (Editorial Cambio-16, Madrid, 1977), intento de caracterización de lo que fue el franquismo en su etapa "heroica" como intento de remodelación radical de la vida española no sólo en su presente y pasado, sino también su futuro.

Una de las características de las dictaduras prolongadas es su capacidad de abolición de la memoria colectiva. Al salir de ellas, en un nuevo clima, más tolerante y liberal, instintivamente se tiene a querer olvidar cómo fue aquello que pasó y asimilarlo a una especie de pesadilla casi fuera de la Historia. El franquismo, sobre todo el primer franquismo, empieza a desdibujarse en el recuerdo colectivo. Cuatro décadas es mucho tiempo. Las generaciones más recientes no pueden entender la mordedura de la dictadura en la conciencia y en los comportamientos de quienes vivieron su adolescencia o su madurez bajo su sombra omnipresente. Y es preciso recordar para evitar que la Historia se torne alguna vez reversible, aunque sea sólo como farsa.

Fernando González se ha propuesto recordarnos en su libro qué fue el franquismo como variante peculiar de un fenómeno internacional y desconectado del cual no tiene explicación coherente: el fascismo. El general Franco, como Adolf Hitler, como Benito Mussolini, fue un dictador de extrema derecha. Algo que los sociólogos funcionalistas, los politólogos neoliberales y muchos propagandistas tratan de hacernos olvidar. El problema es que el franquismo se sucedió a sí mismo y supo con cierta habilidad limpiarse de las máculas más evidentes que trascendían a la marejada totalitaria que anegó casi por completo a Europa en la década de los treinta y principios de los cuarenta. Pero no por ello dejó de ser lo que era: una dictadura ejercida en favor y provecho de una oligarquía terrateniente-financiera cuyas necesidades internas la llevaron a presidir una modernización real de la estructura

socio-económica del país, pero sin perder el control político.

Para legitimar esa dominación, el franquismo creó sus rituales, su ideología, su visión del mundo. Que Fernando González estudia con minuciosidad, aunque en ocasiones uno eche de menos una mayor concentración en unos cuantos aspectos esenciales, en vez de una cierta dispersión temática. Uno de los aciertos redondos de Fernando González en su libro es su insistencia en señalar al imperialismo, al colonialismo en su forma española —el africanismo— como una de las claves genéticas del franquismo. Es esto algo que muchos estudiosos —incluidos los de izquierda— han preferido obviar, acaso por una cierta mala conciencia. La vergonzosa política de la izquierda española en general —y en especial de republicanos y socialistas, que tuvieron en su mano, al menos durante unos años, la posibilidad de realizar una política anticolonialista que hubiera evitado muchas de las catástrofes posteriores— frente al "problema africano" muestra bien a las claras sus carencias políticas e ideológicas, su incapacidad imaginativa, la persistencia de una mentalidad subrepticamente racista y subimperialista.

Con el ligero defecto apuntado más arriba, "Liturgias para un Caudillo" es uno de los intentos más serios que se han realizado en este país por descubrir la verdadera faz del franquismo. Escrito con sencillez, impregnado de un asombroso conocimiento de datos y de materiales, el libro de Fernando González es ya una de las obras de referencia imprescindibles para el conocimiento de la verdadera Historia de nuestros últimos decenios. ■

JAVIER ALFAYA.

El tema novelístico de la negra en la cama

Los Estados Unidos de Norteamérica, novelísticamente y a pesar del ya evidente fracaso que su civilización "nos" hace padecer, sigue siendo un país que por sus características sociales, étnicas, políticas y tecnológicas aún brinda un campo original e inédito a sus novelistas, un tipo de preocupaciones de traza experimental o de conflicto social evolucionado (evolucionado en relación a otros medios más "rezagados" y que tratan de responder a los mismos patro-



nes de vida. Y no deja de ser paradójico que un país del joven Nuevo Mundo haya acabado por erigirse en la frontera y en el confin conocido de la experiencia humana, con temáticas como la investigación espacial, la anulación de la libre competencia sin dejar de ser una economía de mercado, el control de la conducta humana por métodos científicos, la transformación de una democracia en imperialismo y otros factores que serían de larga enumeración, entre ellos el tema novelístico elegido por James W. Ellison para nutrir las páginas de *La orgullosa Raiquel* (1).

En realidad Ellison, en cuanto a la base psicológica y social de su planteamiento, no hace más que describir la mentalidad y reacciones de un burgués a quien el matrimonio, la seguridad, las convenciones, el maternalismo civilizado e inteligente de la esposa, la monotonía de la confortabilidad y la crisis típica de los cuarenta años —esa "menopausia" masculina en la que muere, o amenaza morir, un sentido del sexo adolescente y afloran las frustraciones latentes— le empujan a considerar con fe de loco que el nuevo amor aparecido, nunca por azar, es el retorno del paraíso perdido, la reversibilidad del tiempo o el despertar de potencias afectivas dañadas por la cotidianidad, por la sistemática de vida, represiva de la emocionalidad pura del individuo y de sus posibilidades de manifestación espontánea.

La novedad del planteamiento, si acaso, viene representada por los atributos que Ellison ha querido señalar en la mujer negra y que, en principio, significan como un rechazo del ideal femenino, flaco y asexuado, impuesto por la publicidad y el cine, y la revalorización de otro ideal femenino con mayor empa-

que carnal y erótico y mezcla de espontaneidad, primitivismo y otro sentido de la libertad, menos sometido a los tabúes sexuales de la civilización de los blancos y a sus instituciones. Si una mujer blanca, burguesa y culta es engañada por su marido con otra blanca de la misma laya hay trastorno y rechazo del medio, pero si es engañada con una negra pobre y la cosa va en serio, entonces hay un escándalo de tal categoría que puede desembocar, como desemboca en este caso, en el suicidio y en un conflicto que rechazan no ya los blancos ofendidos porque otro blanco acometa la irrisoria tarea de dignificar con el amor —erótico o como se quiera, con la fascinación diríamos mejor— a una negra, sino los mismos negros, que en el fondo son tan racistas como los primeros y no acceden fácilmente a la integración desde su ya consumada y casi irreversible historia de odio y discriminación.

Pero la delectación principal de Ellison, como novelista, ha consistido en ir rompiendo y amalgamando todas las fronteras sociales y étnicas hasta hacer derivar en una fiesta carnal, profunda, la mutua atracción del blanco y negro, que es, por supuesto, ese "despertar", el principio de su desgracia, casi una odisea romántica en el país de las computadoras, el control eléctrico del cerebro y los vuelos extraterrestres. La subjetividad del blanco registra diferencias físicas femeninas, y esto me ha llamado la atención: "Su cuerpo desnudo le produjo un sobresalto. Durante catorce años había vivido con una mujer cuyo cuerpo era pálido y pulido, con pechos pequeños y provistos de diminutos pezones sonrosados que se erizaban en cuanto él los tocaba. Estaba acostumbrado a las nalgas planas de Grace, a sus delgadas piernas y a sus pequeños y bien modelados tobillos, a las pecas de sus hombros y a su sedoso vello púbico de color castaño". Claro, que todo el que se acuesta con otra mujer después de vida cotidiana matrimonial halla diferencias y extraña curvas y reacciones, pero Ellison ha llevado el contraste al extremo con esta negra-negra de poderosos muslos y pechos y el orgasmo a flor de piel, como si la automatizada Norteamérica fuera a encontrar el consuelo de su vacío tecnocrático en el poderío carnal de una hermosa negra pobre con orgullo de raza. ■ EDUARDO TIJERAS.

(1) Editorial Pomaire. Barcelona, 1976.

(Pasa a la pág. 61.)